



ENRIQUE LARROY

## Lugar del desasosiego

### Alicia Murría

Los elementos, las formas, los motivos han ido cambiando, sufriendo modificaciones y sustituciones, incluso transformaciones radicales en la obra de Enrique Larroy pero su aspecto continúa presidiéndola y, si queremos darle nombre, este sería el de *distanciamiento*.

De forma obstinada el pintor, como si le animara un prejuicio teñido de pudor, deja fuera del cuadro la intimidad, las sensaciones, las experiencias de lo vivido inmediato para proyectar un extrañamiento. Un *extrañamiento*, me atrevería a decir, respecto al mundo; desafiación que le permite una mayor consciencia frente a sí mismo y a su exterioridad.

Al comienzo este espacio se configuraba a través de un sentido del humor directo, casi provocador, con el paso del tiempo, no diré que haya desaparecido, pero ha cobrado otro tinte, más elaborado y eficaz.

La primera vez que hablé de pintura, de la suya fundamentalmente, con Larroy fue a comienzos de 1987, cuando realizó su extensa exposición individual en el Palacio de Sástago (Zaragoza), con anterioridad me unía a él un conocimiento muy superficial en lo privado, a través de amigos comunes, y fragmentario en cuanto a su obra. Entre mis múltiples manías figura la de guardar casi todo y ahora recobro aquellas notas de la conversación-entrevista que suponía para mí un trabajo primerizo en torno a la crítica de arte.

Decía Enrique Larroy entonces: "En el terreno conceptual reírme de mi propia pintura se convierte en un juego esencial; es algo que me sucede en el ámbito de la pintura pero también respecto a la vida. Digamos que la vida me impone mucho respeto pero no la mía en particular. Tampoco soy de los que creen que la pintura, o el arte en general, tenga una gran importancia para el funcionamiento del mundo".

Esa desafección le lleva a decir: "Me interesan los juegos chirriantes: dar una idea que provoque muchas lecturas, entre las cuales no es la fundamental la más aparente. En este punto el sentido del humor, incluso un tanto cruel,

desarrolla para mí un gran papel”. Y más adelante: “Me da miedo cuando una cosa sale fácil, siempre busco que el cuadro siguiente me plantee nuevos problemas, se trata de algo parecido a un prejuicio respecto a tus propias facultades”.

Convengamos, pues, que se trata de un pintor de carácter tan cáustico y desapasionado como absolutamente lúcido.

Contradecirse a sí mismo, elevar la tensión a través de un juego de contrastes, avisarnos de que nada es absolutamente estable, que todo tiene más de una lectura, más de un lugar desde el cual observar y precisar, desde el cual cuestionar y entender, un puro ejercicio de antidogmatismo intelectual.

Recuerdo especialmente de aquella exposición del Palacio de Sástago un par de cuadros, uno se titulaba, en un tono muy poético, *Camino de la luz*, el segundo era un papel y se titulaba *La sombra*, ignoro por qué aquellas dos piezas más una tercera que algún tiempo después ganó el premio Santa Isabel de Portugal (*Entre perlas y basuras*, una especie de columna infinita o de hexágonos marcados por luz y sombra como una acordeón desplegada) me vienen ahora a la memoria en relación a sus obras más recientes, quizá porque se emparentan en su elocuente rotundidad, o bien porque eran obras que encerraban cierta desolación, como esta serie de *Bambalinas*, fragmentos de escenario en el que no sucede nada, que esconden algún misterio en su ausencia de acción; suspensión de espacio y de tiempo, espacios anhelantes, desasosegados, congelación de significado que, paradójicamente, se proyecta hacia un horizonte más amplio.

Me atrevería a decir que sus cuadros actuales son los más inhóspitos, los más inestables y precarios, los más radicales en su ya larga trayectoria de pintor, y hablo también de esas series, algunas con elementos móviles e intercambiables, construidas por fragmentos, por superposiciones y planos donde se entrecruzan los colores ácidos con esas superficies que imitan madera o, mejor aún, *formica* sobre fondos muy trabajados, muy densos, con un aire muy años cincuenta, un período especialmente apreciado por el artista a través de las revistas americanas o del cine más que por la propia historia, es decir, una relación predominantemente estética aunque, como sucede con la casa-chalet de la misma época que aparece en algunos de sus cuadros, paradigma de un estereotipado modelo de feliz bienestar, algún asunto autobiográfico haya de por medio. Tales adherencias, más estéticas, repito, que emocionales, tejen de nuevo esa trama de inhospitalidad.

Bajo una apariencia de inocente seducción son en realidad lugar de inestabilidad y desasosiego, un espacio tan difícil como lúcido.

